



Protesta en Oslo frente a *Los pescadores* de Picasso, el pasado 12 de mayo. / PIERRE-HENRY DESHAYES (AFP)

La piqueta amenaza un mural de Picasso en Noruega

El Gobierno planea derribar el edificio con la obra 'Los pescadores'

SILVIA HERNANDO, Madrid
En 1957, los caminos de Picasso, entonces un artista consagrado de 75 años, y un joven escultor noruego de 37, Carl Nesjar, se cruzaron para dar forma a una colaboración de más de tres lustros que se tradujo, entre otras obras, en los cinco murales que decoran varios edificios del barrio gubernamental de Oslo. Sobre una de esas fachadas, la del llamado Bloque Y, reposa el friso conocido como *Los pescadores*, de 1970, una representación de varios trabajadores dentro de una barca, en plena faena, que atrapan peces con su red bajo un sol que mece las olas. Cuatro décadas después, en 2011, la paz que desprende esa escena marina, enraizada en la tradición noruega, se rompió súbitamente con la explosión del coche bomba que el terrorista de extrema derecha Anders Breivik detonó cerca de ese Bloque Y, donde se despliega la obra que Picasso dibujó y Nesjar ejecutó con la técnica del chorro de arena.

Tanto este edificio como otro adyacente, que también contiene en su interior tres trabajos de ambos artistas —el Bloque H—, se vieron afectados por la deflagración, que acabó con la vida de ocho personas (ese mismo día, el 22 de julio de 2011, Breivik sumó otras 69 víctimas en la isla de Utoya). Solo se tirará el Bloque Y, aunque otro de los murales que se guarda en el H, *La gaviota*, también se trasladará junto con *Los pescadores* al edificio A del mismo complejo. Según explica el secretario de Estado Paal Pedersen, del Ministerio del Interior noruego, “existe la necesidad de asegurar las funciones ministeriales” frente a posibles atentados. Por su situación, la desaparición del Bloque Y dejaría hueco para “establecer un complejo de edificios más abierto y mejoraría los espacios exteriores”. “El plan de demolición data de 2017 y el edificio se va a derri-

bar”, zanja el político, que aclara que la Picasso Administration [entidad que gestiona los derechos de la obra del artista] “ha aceptado el reposicionamiento de las dos piezas”.

En estos años desde el ataque terrorista, durante los cuales las construcciones han permanecido vacías, el mural se ha convertido en motivo de encendida controversia en el país nórdico. En las últimas semanas, el debate se ha encarnado entre los muchos defensores de que la obra se quede en su emplazamiento original y el Gobierno, que ya ha comenzado las labores de demolición en el interior del Bloque Y, de estilo brutalista y diseñado en 1969 por el arquitecto Erling Viksjø.

Arte amenazado

Desde 2015, *Los pescadores* figura en el listado de la asociación Europa Nostra con las siete obras más amenazadas del continente. Solo existen tres murales similares en el mundo: los otros dos se encuen-

Cataluña se suma a la queja del MoMA

El Colegio de Arquitectos de Cataluña, en cuya fachada reposa el *Friso de los Gigantes*, se sumó hace unos días al llamamiento del MoMA de Nueva York para que el Gobierno noruego reconsidere su decisión. “Destruir una parte de la obra equivale a destruirla en su totalidad”, escriben los miembros del COAC en un manifiesto que han firmado otros organismos catalanes como CCCB, el MACBA, la Fundació Miró, el Museo de Historia de Cataluña y el Museo Picasso.

tran, uno en manos privadas en Francia, y el otro —el *Friso de los Gigantes*— en Barcelona.

La sociedad civil noruega lleva tiempo organizándose para intentar frenar la demolición. “Convocamos manifestaciones, marchas, conciertos y charlas frente al Bloque Y, que hemos rodeado dados de la mano. También hemos rodeado el Parlamento y organizado debates públicos”, enumera Kjersti Hembre, miembro del grupo Salvar el Bloque Y, que lanzó una petición al Gobierno noruego en la plataforma change.org que suma casi 50.000 firmas. “En colaboración con Patrimonio nacional, la Asociación de arquitectos de Noruega y la Asociación de arquitectos de Oslo, el otoño pasado contratamos a una abogada para demandar al Estado”, agrega. Esa letrada es Berit Reiss-Andersen, también presidenta del comité noruego del Nobel. “No estamos en posición de proteger el mural como propiedad intelectual”, señala la abogada, que agrega que han perdido el juicio en el solicitaban paralizar la demolición. “Me temo que no quedan alternativas”.

A pesar de contar con los preceptivos permisos, los planes del Gobierno noruego no convencen a organismos como la UNESCO o el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS). Ni a Gro Nesjar, hija de Carl, fallecido en 2015. “Si quitan el mural de la fachada, no va a salir de una pieza”, predice. “Además, la intención de Picasso era que estuviera ahí, no en otro sitio”. “El mural es parte del edificio y no se puede quitar”, coincide Hanne Sophie Claussen, otra miembro de Salvar el Bloque Y. “Picasso dedicó esta obra al pueblo noruego para que se viera tal y como está hoy: un friso con el cielo detrás. Ahora los políticos lo quieren colocar en un lugar totalmente diferente tanto en el sentido estético como en el conceptual. Es una pena”.

Princeton digitaliza la base de préstamos de la mítica librería de París Shakespeare and Company

Qué leían los grandes escritores de entreguerras

A. LEONE, Cupello (Italia)
Durante la primera parte del siglo XX, París fue la ciudad de los intelectuales, autores a los que Gertrude Stein llamó Generación perdida, una expresión que se volvió famosa gracias a la novela *Fiesta* (1948), de Ernest Hemingway, y que describía a los jóvenes que tuvieron la mala suerte de madurar durante el contexto del primer conflicto mundial. La capital francesa ofrecía rincones que parecían refugios seguros, como la histórica librería Shakespeare and Company. Fundada en 1919 por Sylvia Beach, se dedicaba, y todavía lo hace, a la venta de libros en lengua inglesa, en ese momento difíciles de conseguir a un precio razonable.

Around the Word (1900), y también una copia de uno de sus libros, *Adiós a las armas* (1929). Stein leyó la novela romántica de Truda H. Crosfield *A Love In Ancient Day* (1908) y el libro fantástico de Andrew Soutar *Equality Island* (1919). Mientras, Benjamin tomó un diccionario alemán-inglés y *The Physical and Metaphysical Works of Lord Bacon* (1853), este último volumen justo antes de suicidarse en septiembre de 1940.

Lacan pidió un oscuro libro sobre la historia de Irlanda durante su lectura de Joyce, y Claude Cahun, bajo el nombre de Lucie Schwob, se dedicó a las obras de Henry James. Si tardaban en la devolución, la política era siempre la misma:

se les entregaba un dibujo de Shakespeare arrancándose el pelo.

“Muchas cosas me sorprendieron”, asegura Joshua Kotin, que encabeza el equipo de Princeton. “Por ejemplo, que Lacan leyera sobre Irlanda o que Stein se dedicara a las novelas de fantasía. Pero también por la diversidad de los miembros de la librería y de los libros. Esperaba que Joyce, Woolf y Mansfield fueran los autores más populares, no pensaba que lo fueran



James Joyce y Sylvia Beach, en París. / GETTY

Por ocho francos y otros siete de depósito se podía solicitar un libro en préstamo, dos si se aumentaba la cifra hasta 12. El tiempo máximo de lectura permitido era dos semanas para las publicaciones más antiguas y una para las recientes. Estos detalles se conocen gracias al trabajo del Shakespeare and Company Project, un equipo de la Universidad de Princeton que ha volcado el registro de la librería parisiense online. A través de esos datos se descubren los gustos literarios de algunos de los grandes escritores que frecuentaban la tienda: Gertrude Stein, James Joyce, Ernest Hemingway, Aimé Césaire, Simone de Beauvoir, Jacques Lacan o Walter Benjamin.

Los papeles manuscritos muestran los nombres de los clientes y los libros pedidos en préstamo. Así se descubre que Hemingway se llevó, entre las 90 publicaciones anotadas en su documento, las memorias de Joshua Slocum, *Sailing Alone*

Norman Douglas, Charles Morgan y Rosamond Lehmann”. Hoy, el historial de préstamos se puede consultar libremente en la página del proyecto.

Sylvia Beach publicó en 1922 la legendaria novela de James Joyce, *Ulises*, y mantuvo abierta Shakespeare and Company hasta 1941, cuando rechazó vender la última copia de *Finnegans Wake* (1939) a un oficial nazi. George Whitman consiguió reabrir la tienda diez años después y donó los archivos a Princeton en 1964. El equipo de Kotin trabaja desde hace seis años con ese material, aunque el profesor considera que se encuentran todavía en un punto inicial: “Ahora que tenemos el sitio web, no veo la hora de descubrir clásicos olvidados o comunidad de escritores unidos en sus gustos. Y también informaciones sobre los americanos expatriados a París. Tengo muchísimas preguntas. El proyecto es una herramienta para contestarlas”.